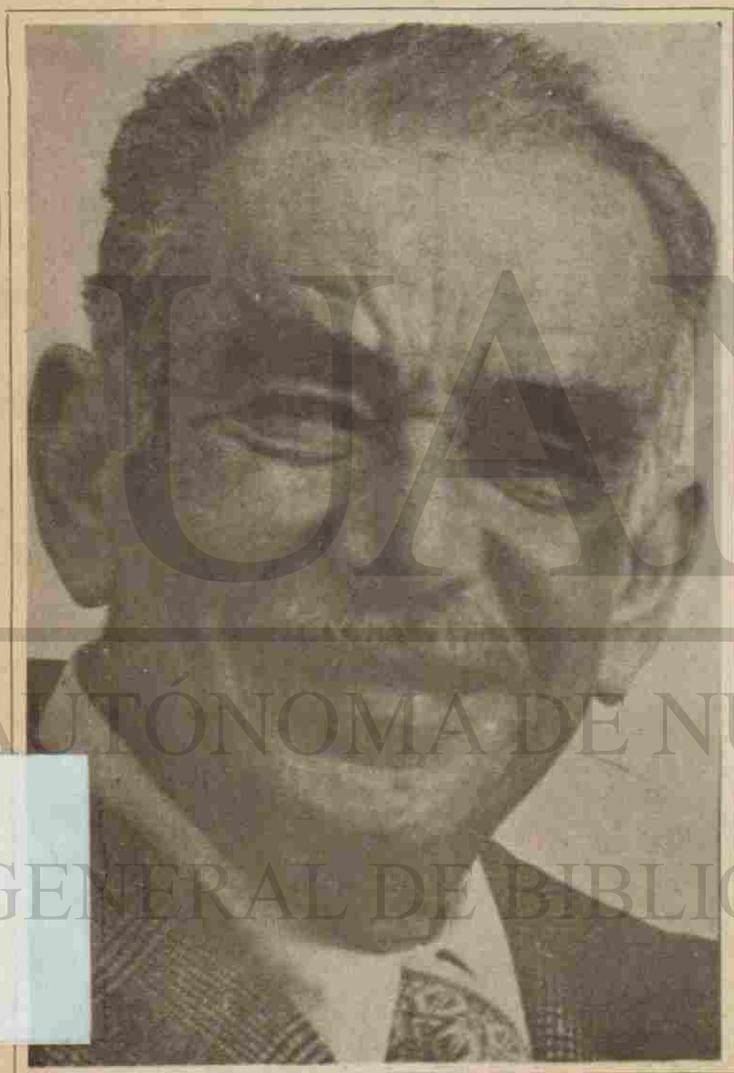


La palabra que trasciende



AD NVEVO LEON
05-266
867

LE7
.124
.A849
A4
c.1

DAD AUTÓNOMA DE NUEV
IÓN GENERAL DE BIBLIOTE

LE7
.124
.A849
A4
C.1

141245



La palabra que trasciende



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SUPLEMENTO ESPECIAL DE
ARMAS Y LETRAS

Organo oficial de la
Universidad Autónoma de Nuevo León



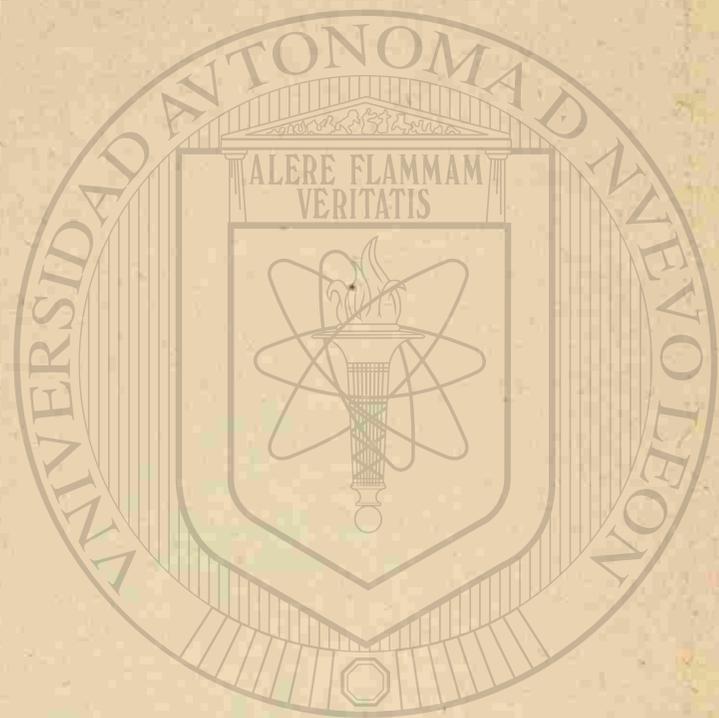
UANL B. U. "Raul Rangel Frías"
Documento Donado por:
Lic. Federico Paéz Flores

LE7

.124

A849

A4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRESENTACION

La vida del Ex-Rector y periodista José Alvarado se extinguió el pasado 22 de septiembre.

Con su muerte física, José Alvarado deja tras de sí una vida profesional dedicada a la palabra escrita. Muchos años de defender la dignidad del hombre desde su cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México, desde la Rectoría de la Universidad Autónoma de Nuevo León y con su pluma a través de importantes diarios y semanarios del país.

Su paso por la hoy Universidad Autónoma de Nuevo León no fue tan duradero como era deseado.

Pero en ese corto tiempo nos legó algo que será imperecedero en todas las generaciones de universitarios: la defensa de los valores universitarios.

"No concluye el debate, porque persiste la explotación de los cuerpos y de los espíritus", dijo Pepe Alvarado, el 5 de Mayo de 1962 en el llamado "Año de Zaragoza".

Se ha ido Pepe (así le llamaron cariñosamente amigos y discípulos), y el debate continúa.

Ahí queda, para siempre, la prosa bohemia que le dictó su gran cerebro.

La Universidad Autónoma de Nuevo León ha querido rendirle un homenaje editando para los nuevos universitarios cuatro de sus principales mensajes. Sus palabras primeras como Rector. Su discurso del 5 de Mayo de 1963 y el mensaje que fue un "yo acuso" a las conciencias, al renunciar a la Rectoría de nuestra Universidad.

Incluimos también el que al parecer fue su último artículo. Un mensaje a sus compañeros de la generación de 1924 del Colegio Civil leído horas antes de que sufriera su trágico accidente.

José Alvarado ha muerto, y su mayor mérito es haber sido un hombre de bien.

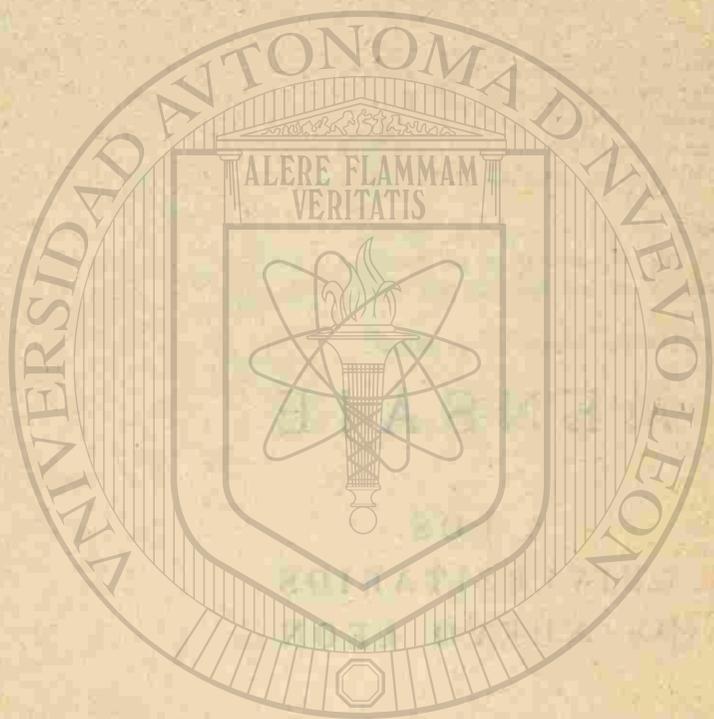
JOSE ALVARADO

MENSAJE
A LOS
UNIVERSITARIOS
DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTERREY, N. L., OCTUBRE DE 1961.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien llega a la rectoría de la Universidad de Nuevo León, obtiene un honor y adquiere una responsabilidad. El primero es muy superior a mis merecimientos y lo recibo con modestia. Asumo la segunda con pleno conocimiento de sus dimensiones y sus riesgos.

Mis primeras palabras son para los estudiantes. Constituyen la porción más sensible del pueblo universitario y la Universidad ha sido hecha para ellos. Comienzan su camino en horas difíciles, cuando muchas hipótesis aceptadas largo tiempo como ciertas y hasta convertidas en dogmas, pierden todo su valor. En todas las universidades de la Tierra se oyen ecos del debate sobre los destinos del mundo, donde algunos parecen empeñados en condenar al suicidio a todos los hombres y al planeta a la desintegración inexorable. Ha sido contrariada la misión de la ciencia, instrumento de creación degradada a medio de aniquilamiento; las Humanidades degeneran empleadas como propaganda de un oscuro pasado o de lo caduco y negativo del presente. Hay un rito farisáico de la cultura y mucha tinta envenena las páginas con el miedo y el odio.

Pero no es lícito aceptar el pesimismo como signo de nuestro tiempo, ni resignarse a la confusión. Frente a los hechos sombríos y los anuncios funestos, hay otros con profundo sentido afirmativo. Millones de seres sometidos durante siglos han alcanzado su libertad e irrum-

pen vigorosamente en la historia. Hoy es mayor el número de hombres libres y más enérgico el impulso contra la miseria, la sumisión y la ignorancia. En todos los idiomas hay palabras nuevas para señalar a los mortales la conquista de una vida redimida y resucita la vieja voz que un día postuló en el ágora la perfectibilidad humana.

En México hay un dilatado horizonte para el anhelo y la voluntad. Millones de seres aspiran a la redención y zonas enteras de la sustancia nacional requieren a la inteligencia para transformar el caos. Lo disperso en nuestra realidad espera todavía la unidad y el orden y falta llevar la justicia a quienes aún padecen hambre y sed de ella. La obra aguarda. Los jóvenes mexicanos no tienen motivo para pasar por la vida como una generación desesperada.

A la proverbial misión de la universidad moderna: impartir la enseñanza profesional, establecer la investigación científica y organizar la expresión de la cultura, se añade hoy la tarea de rescatar la dignidad de la ciencia y de las Humanidades. La primera, pervertida y cómplice de la muerte, debe tornar al servicio de la vida. Las segundas, empleadas en una liturgia capciosa han de recuperar su calidad como instrumentos de la soberanía del espíritu.

Debo decir a los jóvenes que la Universidad fue hecha para ellos, mas no para el paso por las aulas con indolencia, frivolidad o afán de tumulto, ni la precipitada y desaprensiva búsqueda de títulos para amparar el ejercicio mediocre, incompetente y simulado de profesiones respetables. Nuestras escuelas no han sido establecidas para cubrir apariencias, ni proporcionar el nombre de médicos o curanderos sin capacidad ni sentido moral o el de abogados a rábulas sin honor ni respeto a sí mismos. La Universidad de Nuevo León aspira a dar al pueblo cirujanos eficientes, ingenieros capaces, químicos preparados, buenos arquitectos; profesionales aptos, en suma. Pretende, además, que todos los universitarios nuevoleonenses posean una concepción clara del mundo que habitan, la época en que viven y las grandes cuestiones humanas. La inscripción en cada uno de los planteles debe significar el compromiso irrevocable de alcanzar la dignidad intelectual y la competencia técnica para la práctica de una profesión.

El sentido ético es un elemento de la cultura y una condición inseparable de la actividad universitaria. La inteligencia no puede divorciarse del ideal de la conducta. Mas no se trata del acatamiento pasivo y externo a formas de escaso o nulo contenido, sino de una actitud vital permanente, producto de las decisiones entrañables y resultado de un equilibrio interior. El ingreso en los salones de clase debe constituir también un pacto de los jóvenes con la Universidad: defender cada uno su dignidad moral.

En toda Universidad viva y con aliento verdadero, se desarrolla un debate inextinguible entre la tradición y el impulso renovador. Así sucede, por fortuna, en la nuestra. Si así no fuera, sería una asamblea de fantasmas bizantinos y yo el primero en invitar a los jóvenes a dispersar las sombras. Seamos devotos de las lecciones perdurables de los clásicos; pero intransigentes con quienes pretenden conservar fórmulas marchitas, por inepticia, pereza o cobardía. Hay espectros de hipótesis difuntas y algunos porfían en imponerlas al espíritu como si se tratara de verdades vivas o resucitadas. Hay técnicas obsoletas y afirmaciones rectificadas por la ciencia. Pero el hombre contemporáneo pide a la Universidad la ciencia y la técnica de hoy, no las de ayer o antes de ayer y necesita la cultura de nuestro tiempo, no de la Edad Media, ni del siglo XVIII. En la Universidad de Nuevo León no debe haber altares para los ídolos del Foro. No es un claustro para supervivientes adormecidos por la nostalgia, sino una morada para seres de hoy, con las cifras vivas de la técnica, la ciencia y la cultura.

Pero si la Universidad aspira a que cada uno de sus miembros posea en alto grado de dignidad moral y dignidad intelectual, no pretende formar una casta de sabios alojados en una torre de marfil, ni sacerdotes de secretos esotéricos. No podemos olvidar que una gran masa de mexicanos carece todavía de los bienes materiales y espirituales necesarios para el mínimo nivel de vida civilizada.

La suerte de la Universidad de Nuevo León está ligada al destino de México. Su nacimiento y su desarrollo obedecen al progreso económico y político del país; la libertad que existe en sus aulas es hija de los grandes movimientos populares y de la reforma uni-

versitaria de 1929. El futuro de la nación es nuestro futuro.

Hace apenas unos cuantos lustros, esta Universidad era sólo un proyecto en las mentes de unos jóvenes inquietos. A su fundación y crecimiento han contribuido las virtudes más altas de la comunidad regiomontana. En los muros de nuestra casa quedan las huellas de la audacia creadora y la sobria energía de varones infatigables y generosos. El sueño de ayer es ahora presencia viva. Monterrey impone a sus universitarios la norma de trabajar con fidelidad y sin reposo.

Universitarios de Nuevo León: llego a la rectoría muy escaso de méritos y muy pobre en aptitudes. Sólo traigo sinceridad y fe; el empeño de servir lealmente y la ya larga, pero nunca fatigada devoción a mi tierra nuevoleonesa y a las aulas de mi juventud. Conozco, eso sí y en alma propia las angustias del estudiante y las zozobras del maestro.

No ignoro la gravedad de los problemas. Destaco uno que ofrece dos aspectos por igual inquietantes: la sobrepoblación escolar de un lado y la deserción del otro. Pero sé que la solución puede encontrarse con el concurso de todos los universitarios.

He aceptado tan grave responsabilidad porque considero que hay llamados que nadie tiene derecho a eludir.

Mis propósitos son claros y su enunciado es breve: conservar el decoro de la Universidad nuevoleonesa, mantener en sus aulas la dignidad de la conducta y el pensamiento, proseguir la obra de mis antecesores. Pido la colaboración de todos para ello.

Envío a todos los maestros de la Universidad un saludo cordial y me inclino ante la memoria de quienes fui su alumno y ya han partido para siempre.

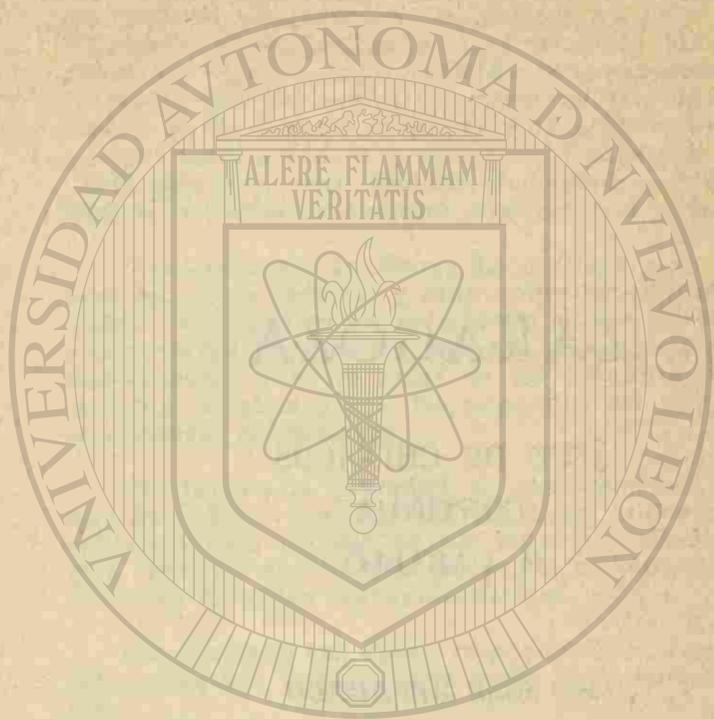
Protesto servir a la Universidad de Nuevo León.

ZARAGOZA

JEFE DE CHINACOS
CONTINUA
A CABALLO

Por JOSE ALVARADO

Monterrey, 1962



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Discurso pronunciado el día 5 de mayo de 1962, en la Plaza Zaragoza,
en el acto conmemorativo del Centenario de la gloriosa Batalla.

Han pasado cien años. El México de 1862 estaba herido, a tres lustros apenas de la mutilación del 47 y bajo la tiniebla de la incertidumbre. A muchos ojos extraños pareció la imagen de un pueblo incipiente, condenado al aniquilamiento y a la sumisión. Pero un día como hoy, un grupo de combatientes en penuria, con un joven miliciano norteco a la cabeza, expresó para siempre la voluntad mexicana no sólo de vivir, sino de vivir con libertad.

Muchas horas patéticas han transcurrido para nuestro pueblo en esta centuria; pero la luz del Cinco de Mayo permanece inextinguible y el aliento de Ignacio Zaragoza continúa victorioso. Un siglo después venimos a rendir testimonio de su acierto. No se equivocó cuando eligió la bandera de los liberales, ni fue estéril su empeño. En el México de 1962 se prosigue el afán por una vida más alta, libre de la miseria, la ignorancia y el engaño y el fuego de la actual esperanza se nutre con el mismo combustible que ardió en las almas republicanas para defender a Puebla. ®

No nos reúne el rito a un bronce inerte, ni la liturgia estéril en torno a unas palabras desvanecidas. Estamos aquí porque la sangre de Zaragoza late en estos países que un eufemismo denomina subdesarrollados y corre por las venas de quienes tienen que vender mano de obra barata. Esta escultura monumental de

Ignacio Asúnsolo no es el signo para identificar el sepulcro donde unos huesos se transforman definitivamente en polvo, sino el aviso de que todavía no concluye el esfuerzo. Nos juntan aquí la fe en la aptitud popular para una vida creadora y libre y el propósito de elevar la sustancia mexicana.

El Cinco de Mayo no es el registro en un archivo del pasado, ni la fecha desteñida en unos papeles amarillentos por el olvido. Forma parte de nuestros mejores recuerdos, pero pertenece a nuestro tiempo. Los carabineros que rechazaron en Loreto y Guadalupe a los invasores, establecieron la doctrina de rechazo a las intervenciones e indicaron el derecho de cada pueblo a su autonomía y a su propia determinación. El sentido de la hazaña permanece vivo y actual.

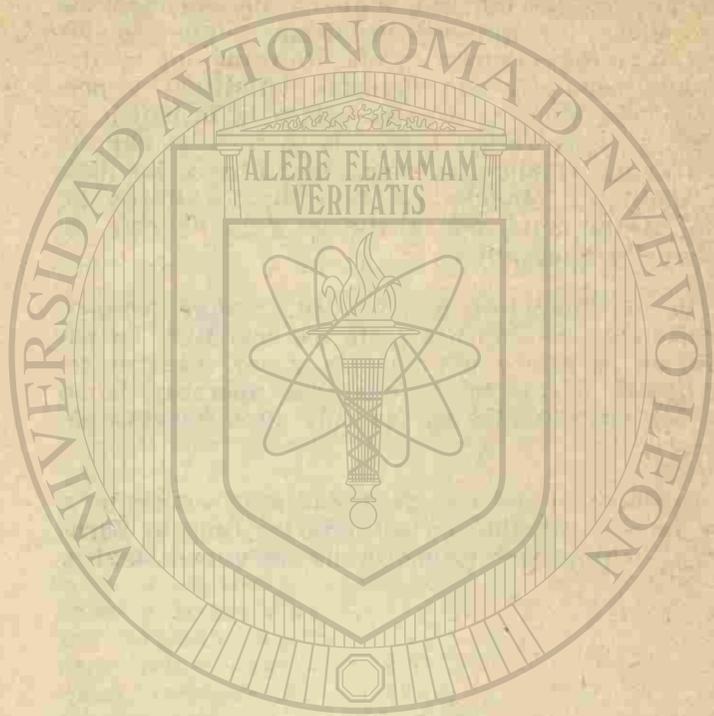
Es tiempo, sin duda, de contemplar desde una nueva perspectiva la historia nacional. Ya no es México el país del siglo diecinueve su pueblo es distinto y otro el mundo al que pertenecemos. Es mayor el número de mexicanos libres y más grande la cantidad de bienes a nuestro servicio. Hay la vieja crónica ingenua y sentimental de nuestra existencia, escrita con tinta adolescente y lugareña, poblada por espectros y reducida, a veces a drama menudo y a conseja trivial, salvada sólo por páginas fulgurantes de vigor polémico o atisbos como relámpagos. Pero existe una trama áspera y grandiosa, formada por el hambre y el luto, el sudor, la desesperación y el anhelo de muchos seres, el afán persistente y universal hacia la superación humana y la ambición de identificarse con todos los pueblos de la Tierra. A esa historia que no sólo es de México, sino de todos los hombres, pertenecen las fatigas de Ignacio Zaragoza. Héroe de quienes están ciertos en la perfectibilidad de la especie y en la capacidad de cada pueblo para conquistar el señorío de sí mismo; pero simple medio de topografía urbana o rural, aceptado con rencor y a fuerza, por quienes hubieran preferido estatuas a los invasores y sus caballerangos y quisieran liberar a México, pero de los mexicanos.

Está concluido el debate en México sobre muchas cuestiones menores de la pasada centuria y nadie pretende exhumar rencores ínfimos. Pero la gran polémica nacional sigue abierta y no es culpa, por cierto, de los

herederos de Zaragoza, partidarios de hacer de México un país moderno y libre y de los mexicanos un pueblo próspero y cabalmente autónomo. No fue Zaragoza el agresor en 1862, ni son ahora sus continuadores los que agreden, los que persiguen ni los que engañan. La discusión sobre los grandes problemas sigue en pie porque ni la Independencia, ni la Reforma, ni la Revolución han llegado a sus victorias definitivas y prosiguen, por una parte el aliento contra la injusticia y, por la otra, la conspiración contra la justicia, el engaño y la falsificación. Hidalgo es excomulgado todos los días, Juárez maldito y Madero escarnecido; los libros de texto son calumniados por gratuitos y la libertad de expresión sufre quebrantos.

No, no ha concluido la polémica, porque persiste la explotación de los cuerpos y de los espíritus. La palabra chinaco es ahora una injuria y ser maestro resulta un oficio despreciable, mientras aparecen como paladines los enriquecidos en los más altos puestos públicos.

No concluye el debate, pero Zaragoza continúa a caballo y no será abatido su estandarte. Ignacio Zaragoza, jefe de chinacos y promotor de un nuevo México.



A LOS
UNIVERSITARIOS

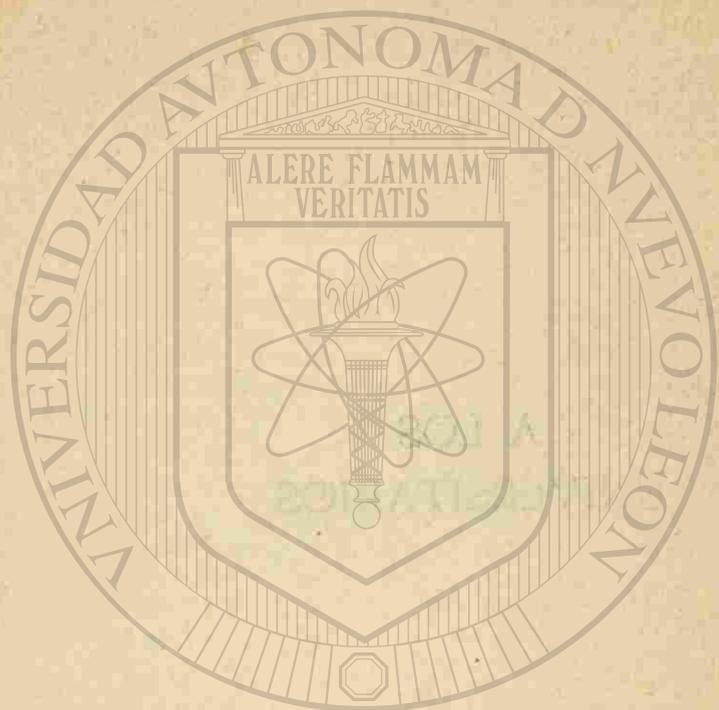
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MONTERREY, N. L. 1963.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Comparezco ante mis conciudadanos y ante los universitarios de Nuevo León para informar acerca de mi conducta en calidad de nuevoleonés y de Rector. Todos son testigos de que durante quince meses he sido cubierto diariamente por la infamia y el oprobio. Las calumnias más viles, las más obscenas injurias y los apodos más irrespetuosos cayeron sobre mí. Se me llamó desde dipsómano hasta desequilibrado mental y se hizo aparecer a mi persona como si fuera la del más despreciable de los seres humanos.

Para poder lanzar sobre mí toneladas de tinta afrentosa, se me atribuyeron hechos que no cometí nunca y se pusieron en mis labios palabras que jamás he pronunciado. Se me señaló como pirata de las profesiones, carente de grado o de título universitario, se me acusó de clausurar, por incultura escuelas universitarias, de cesar irresponsablemente a profesores y funcionarios universitarios y fui señalado como atrabiliario, iracundo y frenético. Toda barbarie, todo vicio les parecieron pocos para atribuírmelos. ®

Cuando estaba de vacaciones en Guadalajara, se dijo que yo, en Monterrey, había injuriado por televisión a los industriales durante una colecta de la Cruz Roja. Cuando me interné en el Hospital Universitario, se afirmó que yo acudí a otro establecimiento de salud por desprecio o desconfianza al primero.

Pero la obra maestra de la vileza y la calumnia fue realizada, con verdadero lujo de mendacidad y desprecio a todos los valores cuando se dijo que yo injurié a las madres y a las señoritas regiomontanas en una conferencia pronunciada en "La Ciudadela". Las damas asistentes al acto, el señor Presidente Municipal, el señor jefe del Departamento Jurídico del Gobierno, el señor jefe de la Escuela Preparatoria Número Uno del Colegio Civil del Estado, varios profesores y consejeros universitarios y todos los concurrentes a la velada son testigos de las dimensiones de esta falsedad monstruosa que no tiene precedentes en Monterrey y constituye una cínica ofensa a toda la ciudad y un desprecio incalificable al respeto ciudadano y a la ley. Todo el peso de la tinta cobarde y el papel indecente contra un hombre solo.

A cada día una nueva injuria, una nueva calumnia, un nuevo mote, una burla distinta. Se dijo que jamás debería haber regresado de la ciudad de México a mi tierra y se me llamó indigno en todos los tonos. Se me acosó sistemáticamente en mi prestigio y en mi persona. No me equivoco si digo que todos los adjetivos aplicados a todos los delincuentes de la ciudad en los últimos cuarenta años desde los llamados "Tigres" de Colombia y los criminales de la calle de Aramberrí hasta el raptor de niños el año pasado, representan sólo una mínima parte de los aplicados contra mí, que no he sido toda mi vida sino un hombre honrado, un periodista limpio y un cumplido profesor universitario. Invoco el testimonio de mis lectores en todo el país, de mis discípulos, de mis condiscípulos y de mis maestros. Diga alguien cuándo he mentido deliberadamente y por interés; diga quien sea cuándo he callado por paga, cuándo engañé a alguien en la cátedra, en la página del periódico o en la calle. Cuándo he dado precio alguno por elogios a mi tarea o silencio sobre mis defectos y mis errores.

Digan lo mismo, si pueden, mis calumniadores y, sobre todo, hagan públicamente iguales preguntas acerca de sí mismos.

Sólo cesé a funcionarios y profesores que no cumplían con su deber y percibían injustificadamente honorarios desde varios años atrás y clausuré una llamada escuela de danza porque pienso que los recursos de una universidad pobre no deben derrocharse en la enseñanza de la jota aragonesa y el jarabre tapatío y sobre todo porque en una universidad que se respeta no debe haber establecimientos semejantes. No permití la simulación y el fraude porque enemigo de ellos como periodista, lo fui también como funcionario, aun en los casos de amigos míos. Nadie, sin embargo, fue atropellado ni dañado en su decoro. En cambio elevé y hasta duplicué los sueldos de muchos profesores, entre ellos algunos que habían manifestado juicios adversos a mí. Jamás di una orden a mis subordinados a todos, desde los funcionarios hasta los conserjes, les rogué la ejecución de actos. Ellos pueden desmentirme. Llegué a la Universidad con un grado académico superior a algunos otros, conferido después de veinticinco años de docencia y de investigación universitarias.

Después de mi salida de la Rectoría, personas del mayor respeto y de la consideración más alta han reconocido que se lanzó sobre la Universidad una ola de cieno. Pero durante quince meses, yo solo resistí las afrentas y las infamias. Nadie que yo recuerde, tuvo una sola palabra de condenación para una tarea que no sólo resultaba vergonzosa y triste para la Universidad, sino degradante para la ciudad de Monterrey e irrespetuosa en sumo grado para sus habitantes. ¿Era, acaso, la forma como una comunidad civilizada recibía a uno de sus hijos que volvía, después de haber conquistado algunos modestos triunfos profesionales, sin mancha ni desdoro, a cumplir un deber con su tierra y con su escuela? Fui, durante varios años, redactor editorialista del diario más importante de México y escritor en la revista de mayor circulación de la República; desde sus páginas y cada vez que se ofreció hice el justo elogio de Monterrey y de sus hombres y tengo la satisfacción de afirmar que, por ninguno de mis actos ni de mis palabras, nadie puede acusar a los periodistas regiomontanos de ineptos, venales, capciosos ni pícaros. ¿Así me acogía mi ciudad al

retornar? ¿No tenía para mí sino la diatriba, calumnia, la burla soez? ¿Era, por ventura, la manera de saludar a un Rector que, para serlo, había abandonado su cátedra de veintitantos años en la Universidad de México y una situación profesional ganada a pulso en la Capital? No. No era la ciudad de Monterrey, ni sus hombres, ni sus mujeres; pero una breve banda se empeñó en que así pareciese y se atribuyeron la representación de la opinión regiomontana. Y el hecho de hacerse aparecer como representantes de Monterrey, fue para la ciudad una injuria todavía más grande que las que se lanzaban sobre mí. ¿Los hombres creadores y honrados de Monterrey representados por una pandilla de calumniadores sin varonía y chantajistas sin escrúpulos? Pocas veces una ciudad ha recibido una ofensa semejante.

Sólo don Raúl Rangel Frías, don Enrique C. Livas y don Roberto Treviño González hicieron un llamamiento a detener el torrente de inmundicia. No se les hizo el menor caso, ni nadie se ocupó de reiterar sus advertencias. Siguió la furia contra mi persona.

Hasta que las cosas llegaron al colmo y se dio el caso, único en toda la historia de la ciudad y del país, en que para agredirme se urdió la más innoble calumnia contra mi esposa, después de haber injuriado a mi hija. Cupo a mis detractores, gallardos caballeros de la letra impresa, la gloria de sentar un precedente que acaso los enorgullezca y les sirva como un laurel para presentar ante sus hijos y dar, para siempre, fulgor a sus apellidos. Encontraron el mejor modo de honrar a Monterrey, haciendo de esta ciudad la primera en México donde se ataca a sus hombres públicos en la persona de sus mujeres. Se hacen aparecer, al fin y al cabo, como los representantes de la opinión regiomontana y tal vez supongan que un día se les hará un monumento y se pedirá para ellos un premio nacional. Durante dos días consecutivos se publicaron sendas páginas integras donde se afirmó, con lujo de detalles, que mi esposa, la doctora doña Cándida Pérez Cortés de Alvarado, había arrojado cruelmente a un grupo de religiosas del Asilo del Buen Pastor y

de la Casa de Salud Mental. Después, y muy recientemente, se repitió la calumnia y se dijo que nadie la había desmentido. Sólo que mi esposa es fecha que todavía ignora dónde queda el Asilo del Buen Pastor y renunció a la Casa de Salud Mental, desempeñada por escaso tiempo a solicitud de distinguido y reiterado ruego, más de seis meses antes de los hechos atribuidos con absoluta falta de decencia. El señor gobernador del Estado y el señor jefe de los Servicios Coordinados de Salubridad son los mejores testigos de la calumnia y la desmintieron con energía y claridad al día siguiente. Pero, sin el menor respeto a nada ni a nadie, se repitió el delito.

Me permito preguntar a todo hombre regiomontano: ¿qué hubiera hecho en caso semejante? ¿Dedicarse a las más altas faenas del espíritu con olvido de la obligación fundamental? ¿Buscar, acaso, refugio en la filosofía? Ningún regiomontano, estoy seguro, habría buscado remedios tan fáciles, ni pretextos tan cómodos. Si los regiomontanos fueran capaces de esto, no habrían construido nunca esta ciudad y ninguna universidad se hubiera edificado jamás sobre las arenas del olvido al deber esencial. De lo último estoy cierto porque yo he contribuido a crear una Universidad y desde joven he luchado en varias por su decoro y por su alma libre. ¡Bonito ejemplo el de un Rector que permite los ultrajes a su esposa con el pretexto de una toga! ¡Hermosa lección a los jóvenes para que ya siempre, por no ofender el birrete, permitan los agravios a sus novias y a hermanas! Hasta donde mis escasos conocimientos de gramática alcanzan, yo sé que la palabra Rector es del género masculino.

Cuando se cometió el delito contra la compañera de mi juventud y de mi vida toda, yo estaba en cama con una pierna rota e imposibilitado para moverme. Decidí luego lo que debía hacer y tuve después muchas semanas para meditarlo. No fue un arrebato. He aquí mis razonamientos:

PRIMERO: El deber esencial de todo Rector es ennoblecere y superar su propio oficio, mas la misión no sólo con-

siste en acudir a la perfectibilidad personal, sino señalar a quienes envilecen y falsifican la profesión y medran con sus recursos. Si es médico debe ser cada vez más apto para el diagnóstico y la terapia; pero, al mismo tiempo, más firme para señalar a los charlatanes que medran con el dolor humano. Pero yo soy periodista y mi obligación era la de serlo cada vez mejor y, al mismo tiempo poner en evidencia a los delincuentes con las páginas impresas.

SEGUNDO: El lema de la Universidad de Nuevo León es Alere Flammam Veritatis y yo no lo he considerado jamás, ni debe considerarlo nadie, un simple latinajo vacío y sin sentido, lema pedante y ornamental, sino una norma que un Rector auténtico está obligado a mantener vigente. ¿Y no es, por ventura, alentar la llama de la verdad, señalar a quienes no sólo difunden la mentira, sino lucran y dañan con ella; a quienes no sólo la elaboran con insidia y cobardía sin límites, sino arrojan cieno sobre la ciudad, su prestigio y sus tradiciones.

No olvidé en momento alguno la investidura de Rector, sino la tuve siempre presente; no olvidé mi condición de periodista, ni mucho menos la de nuevoleonés. Por ello, por nuevoleonés, por periodista y por Rector, me considero el único responsable de todos mis actos en la Rectoría y fuera de ella. Y me siento satisfecho de esos actos.

Cuando Andrew Jackson era candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, un miserable injurió a su esposa durante un mitin; Jackson bajó de la tribuna y lo abofeteó. Yo he aprendido y sigo aprendiendo siempre, las buenas lecciones de la democracia americana. Nadie puede acusar a Jackson de haber olvidado su investidura de candidato a la más alta magistratura de su país para castigar un agravio contra su esposa. Si no lo hubiera hecho no habría podido ser candidato, ni merecido la presidencia porque no defendía sólo su honor, sino el de su nación y el de su comunidad.

Yo no debía permitir que la esposa de un Rector, universitaria ella misma, fuera agraviada impunemente, ni me-

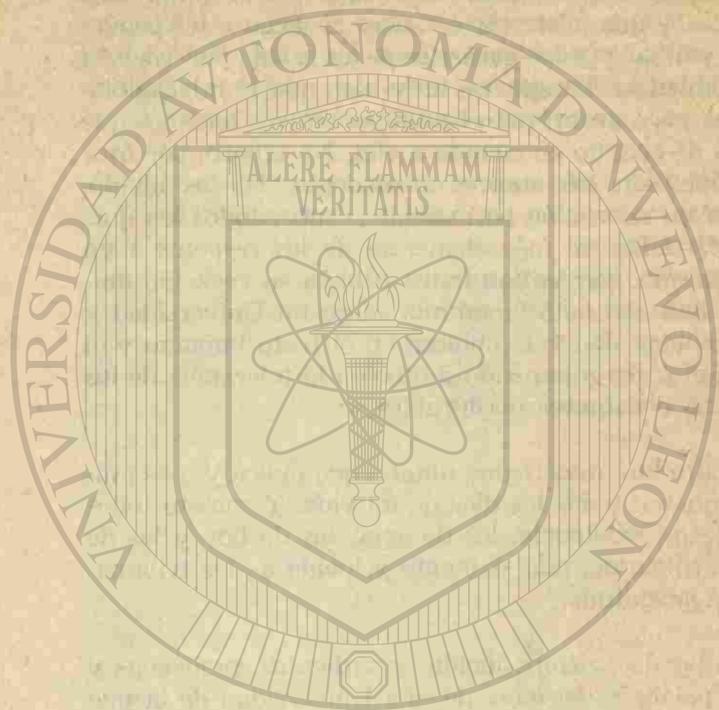
nos podía tolerar que hecho tan ofensivo para mi ciudad quedara sin protesta. Lo de menos en mi caso personal; se trata de la Universidad de Nuevo León y de la ciudad de Monterrey y no estoy ni puedo estar de acuerdo con la tesis somnolienta de que protestar es hacer el juego a los pequeños. A las amibas y a los parásitos se les señala con energía y se les combate a tiempo. Se muy bien que la microbiología es tarea poco grata; pero los universitarios tenemos que dedicarnos de cuando en cuando a ella. No ignoro, por otra parte, quiénes son los autores verdaderos. Ni los olvido. Quede aquí mi acusación permanente contra todos los que, al ofender y faltar al más elemental de los respetos a un hombre honrado, con lealtad indiscutible a su vocación universitaria, han arrojado ignominia sobre mi Universidad y sobre una ciudad donde la nobleza en el trato humano y el empeño en el trabajo han sido junto con la tolerancia de los espíritus, sus constantes perdurables.

Me siento hoy más regiomontano que nunca y más universitario que en todos los días de mi vida. Y someto todos los actos de mi existencia, los de ayer, los de hoy y los de mañana, al juicio del más exigente y lúcido de los tribunales: el de la juventud.

Ahora puedo escribir, lúcidas y ardientes, renovadas y claras, las palabras del lema de una Universidad de la que no saldré jamás porque la llevo dentro de mí mismo: Alere Flammam Veritatis.

Monterrey, 24 de febrero de 1963.

JOSE ALVARADO

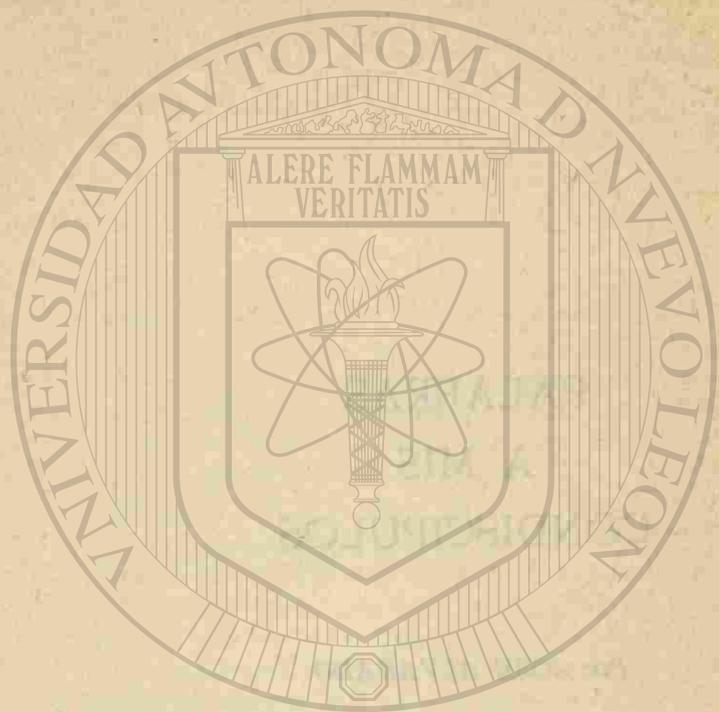


PALABRAS
A MIS
CONDISCIPULOS

Por JOSE ALVARADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Hace medio siglo, una mañana del primero de septiembre, ingresamos en el Colegio Civil. La mayor parte nos vimos las caras por primera vez. Hijos de artesano, ingeniero, maestro, médico, obrero, abogado, burócrata, agricultor, dueño de modesto comercio, inauguramos una amistad, vive todavía. No hubo entre nosotros, no hay, barrera establecida por bienes ajenos a la voluntad de vivir y convivir, amar, crear, entender... Iguales nos recibieron estas aulas. Iguales nos conservamos.

Esta fue la primera lección, a la luz de nuestros patios y a la sombra de los techos. Sin palabras, sentencias ni apotegmas, sólo por el lenguaje callado de la vida. Esa cátedra muda, ardiente y sin término bastaría sólo para nuestra gratitud al Colegio. Y no hemos sido los únicos: otros antes y después, algunos ilustres, la recibieron a su tiempo.

Pero también aquí recibimos las señas para concebir al mundo y la existencia, la sociedad, la persona y la conducta. Muchas puertas se abrieron a la inquietud y la esperanza. Encontramos datos esenciales del conocimiento, entonces algunos ya superados, pues la lógica de Porfirio Parra nos mantenía sujetos al imperio positivista —eje, por

otra parte, de la educación preparatoria establecida en México por don Gabino Barreda y modelo inicial de la formación de bachilleres en todo el país—; la Teoría de la Relatividad parecía el nombre de una novela policiaca o de las de hoy llamadas de ciencia-ficción; el nombre de Freud era un fantasma diabólico. Diez años de violencia en México y la primera guerra mundial habían roto comunicaciones. El Colegio Civil no tuvo la culpa.

Pero la historia apareció como algo vivo y el lenguaje medio para la inteligencia entre los hombres; la naturaleza, aunque en libros antiguos, ofrecía posibilidad para el dominio humano conducido a elevación y perfectibilidad de la especie; la cultura, unidad de emociones e hipótesis en busca de más bella y dichosa morada humana, más justo, libre y fecundo el tránsito por el planeta.

En estos cincuenta años ha sido prodigioso el cambio en la imagen física, biológica, social y espiritual del orbe. Se yerguen potencias nuevas de poderío jamás imaginado y sabemos de comarcas misérrimas donde el hambre es el personaje; Asia despierta, Europa deja sus últimas banderas en Africa; mueren imperios seculares; nacen jóvenes repúblicas; viejos reinos se extinguen. Los últimos descubrimientos acerca de la estructura atómica hacen pueril nuestro texto de Ganot y la biología molecular vuelve ingenuas lecciones de ayer. La cibernética asoma sus venturas y sus riesgos, las computadoras deciden la capacidad de un estudiante, el pago de fiscales deberes o lo sincero del parpadeo en una novia... Las muchachas usan pantalones, los muchachos melenita... Nuestra Marlene Dietrich se pinta la rubia cabellera y nuestra Greta Garbo oculta en gafas negras sus pupilas.

Bastan pocas horas para ir hasta sitios distantes en el globo y desde nuestra mecedora hogareña podemos contemplar hechos en remotos lugares. El México de 15 millones de habitantes, todavía con el humo y el eco de las guerras civiles en el aire, tiene ahora 58 millones de bocas y de pares de brazos, bajo el humo y el ruido de inesperado crecimen-

to industrial o en yerma o anegada superficie. En nuestra apacible, romántica Monterrey de 1924, cuando todavía el pito de la Maestranza a medio día era reloj de muchos y las noches se poblaban de serenatas y rondas, alguna ráfaga de superviviente pistola revolucionaria, un agudo grito desesperado, entre jactancioso y doliente, y el silbato de ferrocarril, ya no quedan sino algunos rincones dispersos, entre muros viejos y desolados, acequias difuntas y muros de cemento u horribles paredes amarillas o celestes. Nadie escucha a las urracas vespertinas, ni huele los azhares al fin del crepúsculo. El Cerro de la Silla permanece fiel pero ya no lo vemos...

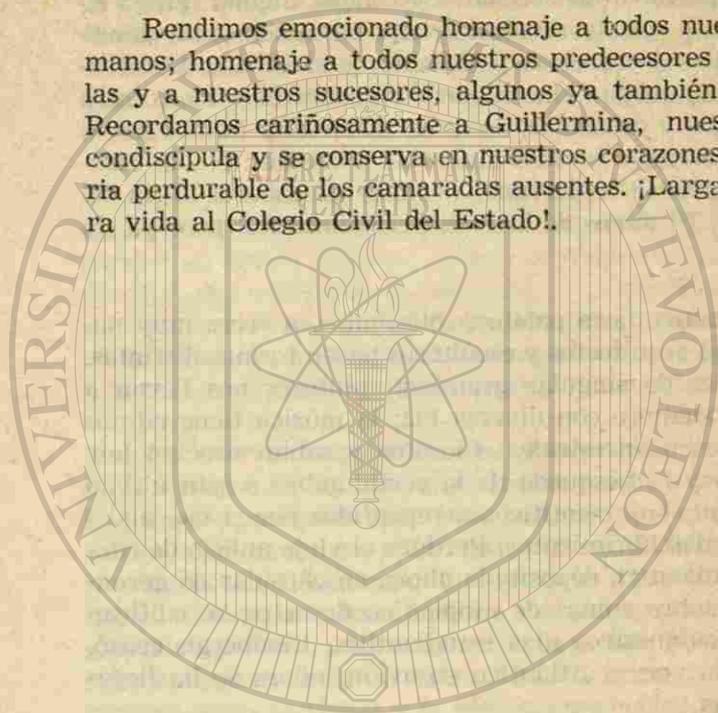
Los poetas dicen palabras diferentes, a veces muy puras y bellas; arquitectos y escultores hacen formas distintas, en ocasiones de singular grandeza; pintores nos llevan a colores de siempre con diversa luz; la música tiene ritmos desconocidos o ancestrales; filósofos y sabios asocian hoy el lenguaje y la búsqueda de la certidumbre o esta última y la libertad; hay científicos arrepentidos por el uso maléfico de sus descubrimientos. Perdura el viejo anhelo de conservar la juventud, depositado ahora en cápsulas de gerontólogos y, sobre ruinas de utopías en desastre, se edifican otras... En nuestros días estudiantiles, Lindbergh cruzó, por primera vez, el Atlántico en avión; ahora se ha llegado a la luna.

Pero si las revoluciones en la sociedad, la ciencia, la tecnología y la expresión han transformado relaciones humanas, equilibrios y conceptos, juicios morales y normas psicológicas, nosotros conservamos idéntico el propósito de seguir unidos y mantener íntima y firme lealtad hacia nuestro ya centenario Colegio Civil, cuna de la Universidad de Nuevo León y raíz de la cultura regiomontana. ®

Estas son horas críticas en todas partes. Conservemos nuestra fe en la juventud y su capacidad. El desarrollo histórico le ha proporcionado elementos superiores a los nuestros y ha de ser leal a su destino, hermoso, por otra parte. En cada muchacho, en cada muchacha florecen vocaciones

maravillosas y aptitudes antes desconocidas. Nadie, entre nosotros, tiene derecho a dejarles un legado de amargura si somos fieles a la tradición del Colegio.

Rendimos emocionado homenaje a todos nuestros hermanos; homenaje a todos nuestros predecesores en las aulas y a nuestros sucesores, algunos ya también maestros. Recordamos cariñosamente a Guillermina, nuestra única condiscípula y se conserva en nuestros corazones la memoria perdurable de los camaradas ausentes. ¡Larga y creadora vida al Colegio Civil del Estado!.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

DEPARTAMENTO DE DIFUSION